

DE LA DEHESA AL PLATO

(El Matadero.)

Filosofías del Matadero.—Severine no dice bien: Nerón era un artista.—El matarife.—Cómo mueren los toros.—El puntillero de Frascuelo.—Porcos del portenir.—A casa de Carina.—La Aniceta.—Severine tiene razón: Nerón era un cruel.

—¿Y usted opina que Severine tiene razón? Usted verá esto—le decía yo á Lucas Villamil—y se convencerá de que es cien veces más horrible que todos los horrores de la plaza el cuadro que vamos á presenciar del matadero.

—¡Qué disparatel! Empecemos porque el animal aquí no sufre ese calvario, que tiene un Longinos en cada piñero de la plaza de toros, y concluyamos reconociendo que mientras allí la crueldad se hace por gusto, aquí se hace la crueldad para comer.

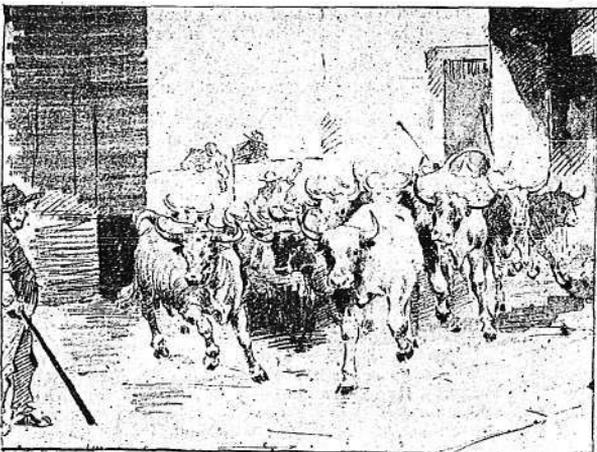
—Y qué le parece á usted mejor ¿Don Quijote buscador eterno de aventuras, capaz de dar la muerte por gusto, por un hermoso gusto, á todo el que le viene á manos, ó el antropófago que mata á un hombre para comérselo en seguida?

Entre el toro que sucumbe aquí, á traición, sin defensas, sin ver de dónde sale la mano que le hiere, contemplando sólo el montón de muertos de sus compañeros, pisando sus despojos, oliendo su sangre, lleno de horror y de miedo; y la otra bestia que cornea en la plaza, que tendrá el mismo fin, pero que ignora cómo ha de ser éste, y se defiende, y lucha y espera en su ignorancia, la suerte de esta última me parece preferible.

Además que á la última se le hace historia, y hasta el retrato, y hasta pasa á la posteridad con la cabeza embalsamada y hasta se le perdona la vida...

—¿Piensa usted entonces que no debemos comer carne y que debemos seguir matando toros?

—Yo digo que entre el antropófago que descuartiza



EL ENCIERRO

á un hombre para comérselo en seguida y Nerón que incendia á Roma para sorprender un cuadro bello, la estética y el arte, están al lado de Nerón.

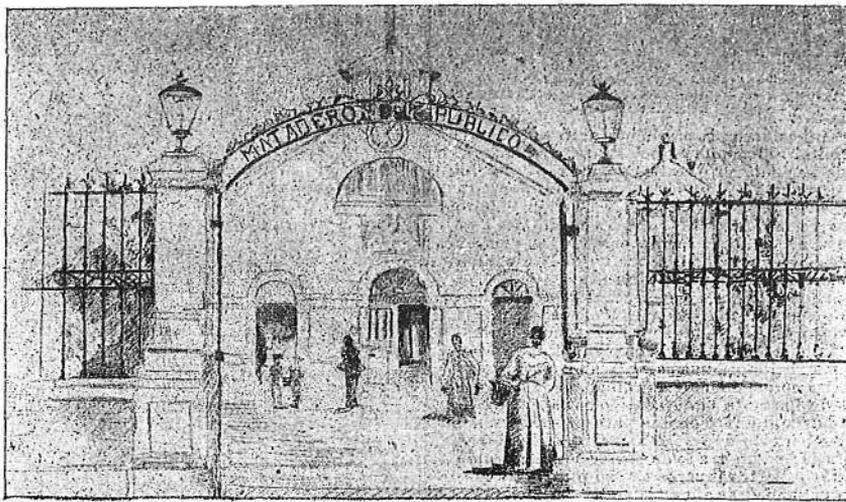
«Por lo demás no pienso en nada porque tengo un sueño que me rinde...»

Estas filosofías disparatadas tienen una disculpa. Eran las cuatro de la mañana y estábamos á la puerta, todavía cerrada del Matadero público, Villamil lleno de sueño porque acababa de dejar la cama; y yo lo mismo, porque me había marchado del periódico tomando—en vez del de mi casa—el caminito hacia la puerta de Toledo.

Fumábamos y hablábamos echados en los hierros de la verja. Madrid que despertaba iba abriendo, antes que nada, las tiendas de vino. De las inmediatas á nosotros entraban y salían y venían después á nuestro lado, para esperar á que el Matadero público se abriera, unos hombres en manga de camisa, manchados de sangre, calzados muchos con zapatillas de torero, llevando todos en el cinto una puntilla, una cuchilla y, pendiente de una cuerda, un hierro largo y puntiagudo con que afilar el otro hierro.

Por la puerta de Toledo llegaban y se dirigían á la espalda del edificio pastores con rebaños. Dirigiéndose á Madrid subían los habitantes miserables del barrio de las Injurias, de la casa de la Redonda, de las casas del Cabrero. Unos seguían de largo mirando con indiferencia aquel alcázar del Rosbeek, que no se hizo para ellos. Otros se detenían, esperando que comenzara la matanza y que el matarife compasivo le regalara con un vaso de sangre. De una de las calles de enfrente salió una matrona, llena de fuerza, de salud, de vida, con un frasco grande de aguardiente, como ella tan lleno, y se acercó á nosotros. Como si la presencia del *antis triple* consagrado fuera una contrasena ó una orden, corrieron los cerrojos, abrióse la verja, entró el aguardiente, entró

DESDE LA CALLE DE TOLEDO



la matrona, entraron los matarifes, entraron los miserables y entramos nosotros.

El matadero—quien no lo sabe y quien no ha pasado por su puerta alguna vez—está allá abajo, al final de la calle de Toledo. Es muy grande, como que ocupa más de 150.000 pies cuadrados. Tiene dos pabellones á la entrada—habitaciones del Administrador y dependencias—y tiene cuatro naves para el degüello de reses vacunas; dos para el ganado lanar; una para terneros, cuatro pabellones de «colgar»; tres de romana, para «pesar» y varios corrales.

De las naves principales,— las destinadas al ganado vacuno—puede decirse que cada dos constituyen una sola, dividida por una fila de burladeros. Cada una de estas partes está enlosada, con pendiente hacia el centro, formando un arroyo por donde corren durante la matanza el agua y la sangre. En el techo hay un puentecillo de todo el largo de las galerías y á cada lado de este puente, unos cilindros de donde caen unas cadenas en que después se elevarán y colgarán las reses. A estas alturas se llega por un par de escalerillas de caracol.

Tiene cada una de estas naves cuatro grandes verjas de hierro puestas en los extremos. Dos verjas que dan á un gran espacio en comunicación con los corrales, y dos que tienen paso á lo que puede llamarse plazuela ó vestibulo del edificio.

arranque y que salga del grupo, echará á perder la operación. Formando un semicírculo los hombres estrecharán al ganado y lo empujan hacia el lugar del sacrificio.

Los gritan sin cesar porque hacen mayor caso del grito que de la piedra ó del palo. Y los animales van andando, dando pasos, acercándose, acercándose... Pero de pronto, uno vuelve la cara, se planta, da frente y dosafía á los hombres. Estos gritan, gesticulan, amenazan, mueven las varas como locos, saltan ante las reses como endemoniados, ponen en la vista, en la voz, en el aire, en el gesto, toda la vida, toda la fuerza que les permita imponerse, hacer la sugestión y conseguir que el animal se vuelva. Es maravilloso ver cómo estos hombres multiplican sus facultades para lograr que la res les obedezca. Sin mirar más que al toro que les mira plantado y observándolo todo, sin embargo, se hablan, se dan pareceres, se aconsejan sobre lo que es preciso para que el animal se vuelva y huya.



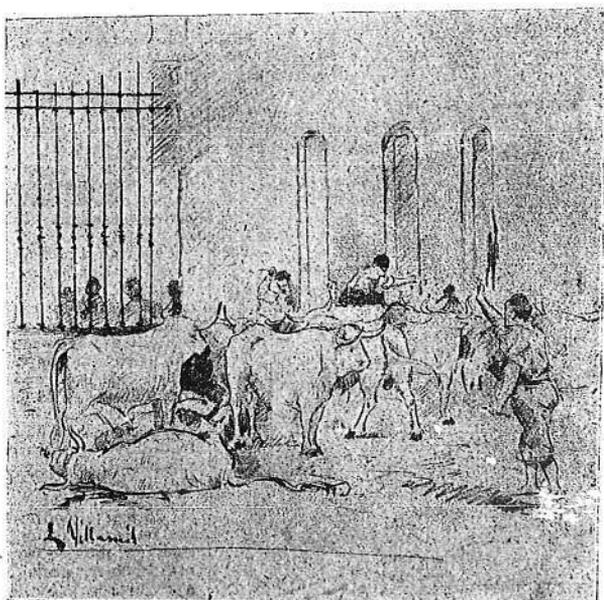
EL HIJO DEL OSTIÓN

¡Tírale la varal Rediós, ¡y esa honda! ¡Eh, eh, cuidado!—dicen saltando atrás dos ó tres pasos, cuando dos ó tres bichos hacen ademán de acometer.—¡Ahora, ahora! ¡Anda!—gritan cuando los

Ha llegado la hora de la matanza. Una de las dos naves principales en que estamos, se puebla. El ejército de matarifes discurre por allí afilando los cuchillos, preparando las armas. El jefe de nave se pone en medio y da órdenes, agitando sin cesar la media luna, bastón de su autoridad, cetro de su soberanía, que le asemeja al Neptuno de aquel diario mar de sangre.

Desde allá fuera, de los corrales lejanos, llegan los mugidos de las bestias y se perciben los gritos con que las acosan los vaqueros. La faena va á empezar. La puerta de un corral se abre y tres ó cuatro reses, oliendo, rastreando, palpando, asoman la cabeza hermosa é indecisa. Allá adentro redoblan los gritos. Sienan más cerca el estallido de la honda y el crujido de las varas; las primeras reses son empujadas por las últimas á quienes el vaquero acosa, y todas en tropel, en masa insepárrable, llenas de furor, de rabia, se precipitan en la plazuela que antecede á la nave.

En este sitio, ya los animales espaciados, la operación de acoso es menester que se renueve. Una rola que se inquiete, que se



UNA NAVE DE MATANZA

ven indecisos. Y para completar esta ventaja, la furia de los hombres se renueva y saltan y se agitan otra vez en sus movimientos de epilepsia, gritando todos como furias:

¡Hok! ¡hok-kal; ¡Já... já!... ¡Hok! ¡hok kal ¡já, já!...
Y si la primera bestia no hace caso y se arranca hacia uno, todas las demás le siguen y los vaqueños rotando las varas, corriendo escopados, se amparan en los burladeros.

Este momento de la matanza de reses es uno de los más peligrosos y de los más apropiados para que haya una cogida.

Momento de batalla éste, el que le sigue es un cuadro de *spoliarium*. Las reses acosadas han entrado en la nave, con un galope que hace rechinar las losas. Todas se dirigen hacia el otro extremo donde por la otra verja llega la claridad que les engaña con la promesa de otra huida. Subido en los burladeros de este lado, con el brazo en alto y la puntilla en firme, el matarife espera dando gritos que resuenan bajo el techo y que ensordecen. El jefe de nave subido en una valla da órdenes a su tropa:

—¡Anda tú, Pepel ¡Valiente puntillero! ¡Y tú quíes matar toros!

—¡Veste pollo, no te vaya a hacer daño!
Las bestias, jadeantes, asustadas, llenas de espanto ante las voces y los gritos, se apelmazan contra los hierros de la verja. Los primeros golpes son allí. Desde lo alto de los burladeros, alentados, deseando acabar, los matarifes descargan a diestro y a siniestro la puntilla.

Dos, cuatro, diez, quince animales caen en un instante junto a aquellos hierros, mirando hacia la claridad. Los que le siguen, enloquecidos, aterrados, suben en los cuerpos de sus compañeros espirantes y pretenden huir por aquella verja, convertidos en mariposas colosales con rabo y con cuerno que se empeñan en morir junto a la luz.

Al cabo las últimas se enteran, miran los cadáveres, huelen la sangre y retroceden y corren en todas direcciones. Aquí empieza lo más malo y lo más difícil de la operación. Hay que salirse de los burladeros y que luchar cuerpo a cuerpo para hundir la puntilla en el testuz. Unos matarifes saltan, danzan, dan vueltas entre las fieras hasta que le aciertan el golpe y las derrumban. ¡Bravo!—se gritan ellos mismos cuando desahellan al primer intento.



EL QUE VA A QUITAR LOS MOÑOS AL GUERRA

Mientras por la mayor parte de la nave el acoso y la matanza siguen, en el rincón primero donde cayeron los primeros animales, se degüella a la res, se pone bajo su cuello una artesa para recoger la sangre y luego ésta se va depositando en una grande cuba; otros hombres armados de unas hachas van cortando los cuernos y otros que les siguen van despellejando a las bestias.

A lo mejor, un toro huido salta por encima de los otros muertos y degollados, y los desconoce y los tira los cubos de la sangre, y descompone la faena ensangrentada.

En la nave de al lado, donde siempre saltan dos ó tres animalitos, un hijo del Ostión, Paquito García—un chico de quien dicen que con el tiempo será un portento toreado—y otros cuantos chicos de doce á quince años,



EL DESUELLO

meritorios para el cargo de matarife, hacen escuela de tauromaquia y dan largas y dan quiebras.

El jefe de la nave, el antiguo puntillero de Frasenelo, Isidro Buendía, presencia todo esto impasible, haciendo advertencias, dando órdenes, bajando de cuando en cuando para dar la media luna á un toro demasiado bravo que pone en peligro á los matarifes.

Don Enrique Guevara, Administrador del Matadero, funcionario inteligentísimo, que trabaja sin cesar en la casa aquella desde hace treinta años y que la ha llevado al estado de perfección admirable, realmente, en que se encuentra, nos enseñó todas las dependencias y las curiosidades del establecimiento.

Lo que he descrito ya, es lo principal. Las naves del ganado lanar, si que producen lástima. Entran los animalitos, balan, loran, los degüellan en un segundo, los pelan en un santiamén, y los cuelgan por un tendón de una pata, que hace el servicio de cordel.

Volvimos á la nave grande donde ya terminadas las faenas iban los matarifes dando vasos de sangre á muchos que acuden á la reja en solicitud de lo que dicen que es un medicamento y puede ser un desayuno y es de todos modos un brevaje aborrecible.

Del techo penden ya las reses sin cuernos y sin piel. Luego pasarán á la romana y de allí á los carros, y de allí á las carnicerías, y de allí, iectora, á tu mesa bien provista.

Discutiendo por allí vemos en la puerta á la matrona de antes—Manuela Martínez, madre de familia célebre por su honradéz y su bondad en aquellos contornos,—con un puesto de quita y pon, una muchacha hija de aquélla, que quita el sentido, al lado, y el frasco del aguardiente casi sin aguardiente ya. Charlamos un rato y Villamil retrata á Paquito García y al hijo del Ostión, Padilla y Algabeño de mañana.

Damos un apretón de manos al administrador y nos ponemos en la calle. Tomamos el tranvís, bajamos en la plaza Mayor y para completar bien este trabajo de estas cosas cuyo origen se tiene en la dehesa y se acaba en el plato, entramos en la tienda de Carina, pedimos un *rosbif* y mientras lo despachan hablamos con la Menegilda que sale.

Villamil chiclea á una, preciosa:—¿Cómo se llama usted?

—Aniceta García, para lo que usted guste.

—¿Dónde sirve usted?

—Aquí en la calle de Zaragoza, 15, en la tienda de telas.

El dependiente se cobra dos pesetas y cuarenta céntimos y nos da el kilo de carne.

Creo que Villamil va á ir mañana por otro que se comerá con la Aniceta. Y luego él y yo, metidos en casa de Botín, saboreando la carne que chorras, charlamos y convenimos en que efectivamente, Nerón era cruel y en que no ha de encontrar una disculpa el salvaje hambriento que obligado por la necesidad se tiene que comer al hombre que cae entre sus manos?

ERNESTO LÓPEZ

ANÉCDOTAS

Un sobrino del Barón James, el difunto Barón Meyer, se hallaba un día comiendo en uno de sus palacios de verano, que estaba rodeado de inmenso parque. Lo caluroso del tiempo exigía que todas las ventanas permanecieran abiertas. Al empezar los postres, un papel lanzado con fuerza por una de las ventanas vino á colocarse sobre el mismo plato del sobrino de Rothschild. Tomólo éste y al desenvolerlo leyó: «*Tod oder zehn thalers.*»

—(O sueltas diez thalers ó mueres.)
El banquero echó mano al bolsillo, sacó la suma pedida y la envió en otro papel, escribiendo antes: «*Lieber zehh thaler.*»

—(Ahí van volando diez thalers, y gracias.)
Arrojó el papel por la misma ventana y observó detrás de la cortina.

Un hombre de ruda levita, recogió el papel, lo desenrolló y lanzando alegre carcajada, se embolsó las diez monedas de oro, empujando en seguida una desesperada carrera.

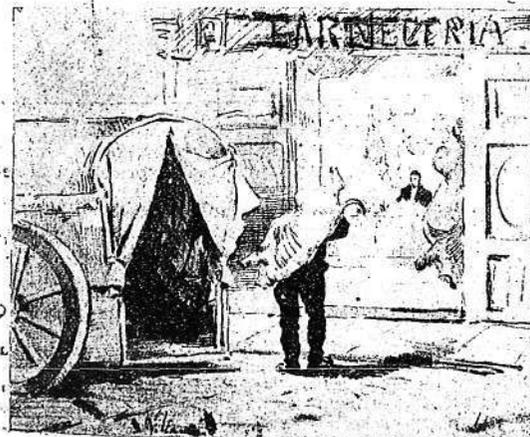
El Barón, riendo también, volvió á la mesa y continuó su comida como si nada hubiera ocurrido.

Con mujeres y moros siempre ha habido peligro de caer en la emboscada.
El avance resulta muy lucido:
¡lo grave suele ser la retirada!

DELGADO

Al recibir el sacramento del matrimonio debiéramos recibir también otro: el de la penitencia.

DUPUY



FRENTE A LA TIENDA



LA ANICETA